



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



IX – Jaque al rey de Roma **15 – Shîha gana la apuesta y gana**

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

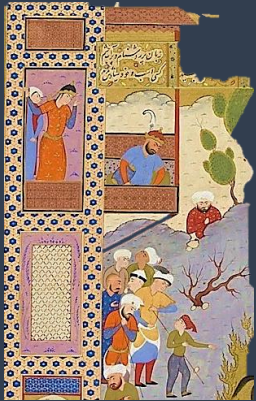


El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 15 – Shîha gana la apuesta y gana

“... En el anterior episodio, habíamos dejado en la cueva de la taberna, de la sitiada Trípoli, a todos los principales jugadores del tablero: Hasan de Bushnât, el capitán ismailí que atentó contra Baibars; el maldito fraile Yauán; su condenada mano derecha Bartacûsh “El Sable de Bizancio”; los capitanes fidauis Saad “Zancadas al Viento” e Ibrahim “Paladín de Doncellas”; Aïsha de Bushnât “la Labweh de las montañas”, hermana de Hasan, y al rey El-Zâher Baibars. Una misteriosa mano, había aprovechado su reunión allí abajo para dejarles encerrados, y... justo después de que el rey El-Zâher hubiera conseguido reconciliar a Hasan de Bushnât con su hermana Aïsha; una voz de ultratumba se dejó oír desde el exterior de la cueva, advirtiendo al falso tabernero que su verdadera identidad había sido descubierta ya hacía tiempo, y que ahora todos estaban metidos en el mismo saco. Sólo el sultán consigue con sus palabras aplacar esa estentórea voz sepulcral, y conminando a que se descubra su poseedor, se abre la puerta de la cueva y, como por arte de magia, ¿quién aparece del otro lado?... eso nos lo contará hoy nuestro infatigable narrador”.



En el momento en que iban a salir de la cueva, se dieron cuenta, consternados, que ¡alguien había cerrado con llave la puerta desde el exterior!

– ¡Qué mala suerte! –suspiró el sultán– ¡Todos atrapados en esta ratonera, con lo que nos ha costado llegar hasta aquí!

– ¡Uuuh, uuuh, *marfusa*! –se oyó una voz sepulcral que venía de detrás de la puerta– ¡Así que tú eres una *damiriyya*¹, y has osado capturar a hombres y asesinar a patricios! No creas que yo no te había echado el ojo desde el primer día; pero he esperado tranquilamente a que trajeras hasta aquí al rey de los musulmanes.

¹ En *lingua franca*: “Dama, damisela”

– ¡Eh, tú, quien seas! –replicó el sultán– Si eres un enemigo, haz lo que te parezca con nosotros: ¡nuestro Señor no nos abandonará!; pero, si eres un amigo, y lo único que quieres es divertirte, metiéndonos miedo en el cuerpo, ¡no creo que sea éste el momento!

Ante estas palabras, la puerta se abrió, y vieron entrar al criado de la taberna. Ibrahim lo reconoció en el acto: ¡era el mismísimo Shîha!

Resulta que Shîha, desde el primer momento había estado al corriente de todo y conocía la bronca que mantenían Hasan y su hermana. Así que maniobró para que el falso tabernero (Aïsha) le contratara como pinche, y de ese modo, vigilar de cerca cada paso que ella daba. Shîha, cuando vio entrar al sultán, juzgó que había llegado la ocasión de salir de su incógnito, mediante la pequeña puesta en escena que acabamos de contar.

– A ver, Yoryos, ¿por dónde has entrado? –le pidió cuentas Aïsha– ¡Si yo había cerrado bien la puerta de la taberna! Además, ¡normalmente, a estas horas, tú deberías estar en tu casa! ¿Para qué todas estas artimañas?

– ¡Cállate de una vez, desgraciada! –le susurró Ibrahim a Aïsha– ¡Es él; el jefe!

– Shîha y la joven entonces se presentaron y saludaron según la costumbre.

– Pero ¿quién es ese tipo? –se extrañó Hasan, que no había entendido nada.

– Es Shîha –respondió Ibrahim.

– ¡Ah, ya veo! –ironizó el Maestro de las Argucias– Así que tú le das mi nombre para que me liquide, ¿eh?

– ¡Qué me dices! –exclamó Ibrahim poniendo cara de inocente– ¿Jugarte yo una mala pasada como esa? Él me ha hecho una pregunta, y yo le he contestado; eso es todo.

– No, Yamâl El-Dîn –intervino Hasan–; mi corazón ya ha dejado de odiarte. Además, te reconozco como mi señor y mi jefe.

– ¡Nada de eso, mi buen gallardo! Tú no has visto aún lo que yo soy capaz de hacer... tanto bueno, como malo. Tú has reivindicado el gobierno de las ciudadelas y de los castillos, y yo te conozco: un buen día te dejarás caer en la tentación de jugármela bien jugada. Verás, vamos a hacer un pacto: nuestro señor el sultán quiere apoderarse de Trípoli esta misma noche. Ahora bien, en cuanto El Príncipe oiga que se batan los tambores para el asalto, saldrá de estampida, huyendo con toda su pandilla. Así que vamos a acordar lo siguiente: aquel de los dos que capture al Príncipe y lo traiga hasta aquí, será el sultán de los ismailíes.

– ¡Por mi cabeza, que es una buena idea! –aprobó el rey– Vamos, Hasan, muéstranos de lo que eres capaz.

Después de haberles jurado su obediencia, el *fidaui*, bien equipado, salió de la taberna y se alejó a grandes pasos en dirección del palacio.

– Pero bueno, Yamâl El-Dîn, ¿a qué estás esperando para seguirle? –se extrañó el rey– ¡Si no andas listo, te va a pillar la delantera, y te arrebatará tu cargo!

– ¡Ah, ¿para eso? ¡anda y que no me queda tiempo de sobra! –replicó el Maestro de las Argucias.

Tras estas palabras, Shîha se marchó tras las huellas de su rival, corriendo más rápido que el viento. Mientras tanto, Hasan había llegado al palacio del Príncipe; arrojó su gancho, que trabó en lo alto de la muralla, y comenzó a escalar. Pero, apenas había llegado a la mitad del recorrido, cuando de pronto, apareció un patricio en la terraza y comenzó a gritar a pleno pulmón:

– ¡Alerta! ¡Se ha infiltrado un bandido en el castillo; quiere secuestrar al Príncipe!

Pero resulta que El Príncipe, temía tanto por su vida, que estaba en su habitación, guardado por cuarenta patricios; en cuanto oyeron los gritos, desenvainaron las espadas, abrieron la puerta del palacio y, a las órdenes de su soberano, corrieron todos a una contra el desafortunado Hasan: éste, que casi no tuvo tiempo más que para deslizarse por la cuerda y bajar de nuevo a la calle, tuvo que huir, pies para qué os quiero.

El patricio que había dado la alarma desde lo alto del tejado, ya habréis adivinado quién era: Yamâl El-Dîn. Cuando El Príncipe y sus patricios salieron en persecución del capitán Hasan, Shîha recuperó su gancho y penetró tranquilamente en el palacio, en donde vio a una mujer vieja que dormía. Era la abuela materna del Príncipe: tendría sus buenos cien años. Shîha la estranguló sin más preámbulos, se apoderó de sus vestidos, se vistió con ellos y se maquilló el rostro para tomar mejor su apariencia; tras lo cual, escondió el cadáver en un armario. Esto es lo referente a Shîha y a su apuesta con Hasan. Ahora, volvamos a Aïsha.

Una vez que ambos rivales hubieron partido, Aïsha solicitó y obtuvo el permiso del sultán para tomar la ciudad. Como ya hemos visto, días antes, había cultivado una buena amistad con los soldados que vigilaban la puerta; de modo que, cuando fue a verles esa noche, ellos la recibieron con la mayor cordialidad.

– ¡Bienvenido, Hibat el-Massîh! ¿Qué te trae por aquí?

– Pues nada, que me he dicho que debíais de estar aburridos, montando guardia aquí toda la noche, ¡y os he traído algo con lo que pasar un buen rato!

Aïsha les dio de beber; el *benj* no tardó en hacer su efecto, y ella no tuvo más que degollarles tranquilamente. Sus tres compañeros, que la habían seguido de lejos, la ayudaron a abrir las puertas; Ibrahim y el sultán se quedaron con ella para vigilar el pasaje, mientras Saad, como un halcón cuando emprende el vuelo, enfiló raudo hacia el campamento musulmán para dar la señal de ataque. Pronto, avisados, los soldados, que estaban todos preparados, montaron en sus cabalgaduras y se lanzaron a todo galope hacia la ciudad.

Entre tanto, Hasan de Bushnât había sido atrapado por sus perseguidores, capitaneados por El Príncipe en persona.

– ¿Adónde te crees que vas, *marfûs*? –se mofaron de Hasan.

Por toda respuesta, el valiente capitán desenvainó su *shâkriyyeh*, se dio la vuelta y se precipitó sobre ellos, como un león furioso; se arrojó contra sus atacantes, masacrando todo a su paso, tal que un lobo en medio de un rebaño de corderos. No obstante, a pesar de su prodigioso valor, no tardó en ser desbordado por el número de sus enemigos, además de que los habitantes de la ciudad, despertados por los gritos, corrían por todas partes para echar una mano a los soldados. Pero, cuando Hasan estaba a punto de sucumbir, un inmenso tumulto estalló desde las murallas: el asalto había comenzado, y se oían los gritos de guerra y los cantos de acción de gracias de los musulmanes, que avanzaban como un inmenso rumor, semejante al chirriar de una muela de molino que rodara en el fondo de un pozo. Ya se acercaban los ismailíes a la carga, como un rebaño de elefantes enfurecidos.

El Príncipe, que por fin había conseguido rodear a Hasan, y animaba a sus hombres a que acabaran con él, no tardó un segundo en darse la vuelta y huir para salvarse. Acompañado de los grandes de su reino, de sus consejeros y soldados de élite, corrió a refugiarse en el harén de su palacio: había allí una puerta secreta que daba a un refugio subterráneo.

– Vamos a escondernos ahí dentro –le dijo a la vieja a la que tomó por su abuela–; Tú, cierra la puerta cuando entremos, y quédate ahí fuera: a tu edad, no tienes nada que temer de los musulmanes. Cuando el *rey* haya partido, nos abrirás.

Así que bajaron al refugio, llevando consigo una buena cantidad de provisiones; la vieja entonces cerró la trampilla y se marchó.

Por su parte, los soldados del ejército egipcio continuaron masacrando valientemente a los infieles. Los combates se prolongaron durante toda la noche y parte de la mañana siguiente: en ese momento, todos los habitantes habían muerto, o se habían dado a la fuga. Mientras la ciudad era sometida al pillaje, el sultán tomó asiento en el trono del Príncipe, y los valerosos caballeros de su ejército vinieron, uno tras otro, a felicitarle por haber conseguido esa victoria y liberado a los cautivos musulmanes. Hasan de Bushnât estaba entre ellos; interrogado por el rey sobre su misión, tuvo que reconocer que le habían sorprendido los patricios cuando intentaba escalar la muralla del palacio.

– Pero entonces, ¿adónde están Shîha y El Príncipe? –se inquietó El-Zâher Baibars.

– *Efendem*, por tu cabeza, te aseguro que yo no he vuelto a ver a Shîha desde que salí de la taberna –le respondió Hasan de Bushnât.

El sultán envió inmediatamente un destacamento a la taberna, pero volvieron poco después, anunciando que Yauán y Bartacûsh también habían desaparecido.

– No me lo puedo creer, ¡con todo el trabajo que nos hemos tomado, no ha servido para nada! –se lamentó el sultán–. Nuestro único objetivo era apoderarnos de Yauán, y sobre todo del Príncipe, ¡para darle una idea más justa de lo que él vale realmente!

El-Zâher mandó a sus hombres para que peinaran cuidadosamente toda la ciudad, pero sin el menor resultado. Estaban en esas, cuando vieron llegar a una mujer vieja, que se aproximó al sultán, adoptando la postura de los suplicantes.

– ¡Gracias, oh, *rey*! –imploró la anciana– Concédeme tu protección y prométeme que nadie atentará contra mi honor, ni a mi vida, y te conduciré hasta un lugar oculto en donde hallarás un gran tesoro, que será para ti, si así lo deseas.

– ¿Hay algún voluntario que quiera acompañar a esta mujer y traer la plata? –preguntó el rey.

Como era de esperar, Ibrahim propuso rápidamente sus servicios, así como Saad y una decena de capitanes ismailíes. Guiados por la vieja, entraron en el palacio del Príncipe, y llegaron hasta la puerta secreta: estaba tan bien disimulada, que ni los mismo *yîns* habrían podido dar con ella.

– Dime, abuela –se interesó Ibrahim– El botín que está ahí escondido, al menos, ¿merece la pena?

– ¡Desde luego! –respondió la vieja– Hay una enorme cantidad de plata... y conozco el montante exacto de esa cantidad. Así que, ni se te ocurra coger una sola moneda; porque inmediatamente informaré de ello al sultán. ¡Sí, que se te conoce de sobra!

– Reducido al silencio, Ibrahim bajó la escalera refunfuñando, seguido de sus compañeros. Pero, cual no sería su sorpresa, cuando se encontraron, además de una enorme cantidad de oro, al Príncipe, a sus consejeros y a las mujeres de la casa. Ataron a los hombres, dejando libres a las mujeres, y condujeron a todo el mundo ante el rey, sin lovidar, por supuesto, el tesoro.

– Me extrañaría mucho que esa vieja fuera cristiana –comentó el rey–, y por cierto, ¿dónde se ha metido?

– No sabemos –respondieron los demás.

En ese instante, apareció la anciana en la entrada de la sala. El rey la saludó, pero, por toda respuesta, ella se despojó de su disfraz, y todos los allí presentes reconocieron a Yamâl El-Dîn Shîha. Entonces, él comenzó a contarles cómo había montado su golpe.

– Entonces, ¿tú eras el patricio que dio la alarma? –le interrumpió Hasan.

– Sí, era yo.

– ¡No entiendo nada! –se extrañó el *fidaui*. Yo me marché antes que tú: ¿cómo has conseguido llegar antes que yo, subir a las terrazas y mezclarte con los guardias? En fin, es igual: que el buen Dios bendiga tu fuerza y tu valentía. Así que yo no tengo que decir más que “¡Gloria y honor al *jawand*; obediencia y respeto al jefe!”

Convencido esta vez de la sinceridad de Hasan, Shîha le tomó su *shâkriyyeh* y grabó su nombre en la hoja.



Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:
IX.16 ~ “El justiprecio de El Príncipe”